

www.elboomeran.com

Etgar Keret

Los siete años de abundancia

Traducción del inglés de
Raquel Vicedo

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Año 1	9
De repente, lo mismo	11
Bebé grande	15
Llamada y respuesta	19
Cómo hacemos la guerra	23
Año 2	25
Descortésmente suyo	27
En el aire	31
La extraña pareja	35
Defensor del pueblo	39
Réquiem por un sueño	43
Vista nostálgica	49
Año 3	53
Guerra de palillos	55
Sueños suecos	59
Golpe bajo en los columpios	63
Idolatría	67
Año 4	71
Bombas en el horizonte	73
Taxi	77
Mi llorada hermana	81
Vista de pájaro	87

Año 5	91
Patria imaginaria	93
Gatos gordos	95
Impostor	99
Otro pecador	103
Mi primera historia	107
Ámsterdam	109
Los chicos no lloran	113
Año 6	115
Hecho polvo	117
Invitación para pasar la noche	121
Parque de confusiones	125
Accidente	129
Un bigote para mi hijo	133
Amor al primer whisky	137
Año 7	141
Tras los pasos de mi padre	143
La casa estrecha	147
Justo y bueno	151
Pastrami	155

Año 1

De repente, lo mismo

–Es que odio los ataques terroristas –le dice la enfermera delgada a la de más edad–. ¿Quieres chicle?

La de más edad coge uno y asiente.

–¿Qué le vamos a hacer? Yo también odio las Emergencias.

–No son las Emergencias –insiste la delgada–. No tengo ningún problema con los accidentes y esas cosas. Son los ataques terroristas, créeme. Lo fastidian todo.

Sentado en el banco, fuera del ala de Maternidad, pienso para mis adentros: «Tiene razón». Llegué aquí hace una hora, muy emocionado, con mi mujer y un taxista obseso de la limpieza que, cuando mi mujer rompió aguas, tenía miedo de que le echase a perder la tapicería. Y ahora estoy sentado en el pasillo, taciturno, esperando a que el personal vuelva del ala de Urgencias. Todos, excepto las dos enfermeras, han ido a atender a los heridos en el ataque. Las contracciones de mi mujer se han espaciado también. Probablemente, hasta el bebé siente que todo esto de nacer ya no es tan urgente. De camino a la cafetería, me cruzo con algunos de los heridos en camillas chirriantes. En el taxi, de camino al hospital, mi mujer chillaba como una loca, pero estas personas permanecen en silencio.

–¿Eres Etgar Keret, el escritor? –me pregunta un tipo con una camisa de cuadros. Asiento de mala gana–. ¿Y qué puedes contarme? –Saca una diminuta grabadora de su bolsa–. ¿Dónde estabas cuando ocurrió? –Cuando dudo por un instante, en un despliegue de empatía dice–: Tómate tu tiempo. No te sientas presionado. Acabas de sufrir un trauma.

–Yo no estaba en el ataque –explico–. Es una casualidad que me encuentre aquí hoy. Mi mujer está dando a luz.

–Vaya –dice sin tratar de ocultar su decepción, y pulsa el botón de Stop en su grabadora–. *Mazel tov*.

Ahora se sienta a mi lado y se enciende un cigarrillo.

–Tal vez deberías hablar con alguien distinto –sugiero en un intento de que el humo del Lucky Strike no me pegue en la cara–. Hace un minuto he visto que llevaban a dos personas a Neurología.

–Rusos –dice con un suspiro–. No hablan ni una palabra de hebreo. Además, tampoco te dejan entrar en Neurología. Este es mi séptimo ataque en este hospital, y ya me conozco sus triquiñuelas.

Nos quedamos ahí sentados un minuto, sin hablar. Tiene unos diez años menos que yo, pero está empezando a quedarse calvo. Cuando me pilla mirándolo, sonrío.

–Una pena que no estuvieras allí –dice–. Las respuestas de un escritor habrían quedado bien en mi artículo. Alguien original, alguien con un poco de visión. Después de cada ataque, siempre me dan las mismas respuestas: «De repente, escuché una explosión»; «No sé qué pasó»; «Todo estaba cubierto de sangre». ¿Quién aguanta eso?

–No es culpa de ellos –respondo–. Es que los ataques siempre son iguales. ¿Qué se puede contar de original sobre una explosión y la muerte sin sentido?

–Tú ganas –dice, encogiéndose de hombros–. Eres el escritor.

Algunas personas con delantales blancos empiezan a volver de Urgencias y se dirigen al ala de Maternidad.

–Tú eres de Tel Aviv –me dice el reportero–. Entonces, ¿por qué habéis venido hasta este agujero para dar a luz?

–Queríamos un parto natural, y la unidad de aquí...

–¿Natural? –me interrumpe, con una risita burlona–. ¿Qué tiene de natural un enano al que le cuelga un cordón del ombligo saliendo de la vagina de tu mujer? –Ni siquiera intento responder–. Yo le dije a mi mujer: «Si alguna vez das a luz, solo por cesárea, como en Estados Unidos. No quiero que un bebé te estire y te deje toda deformada. Hoy en día, solo en países primitivos como este las mujeres dan a luz como animales. *Yallah*, me voy a

trabajar. –Empieza a levantarse y vuelve a la carga–. ¿De verdad que no tienes nada que contarme sobre el ataque? ¿No ha cambiado nada para ti? Algo como el nombre que le vas a poner al bebé, no sé. –Sonríó como disculpa–. No importa –dice guiñándome el ojo–. Espero que vaya bien, colega.

Seis horas más tarde, un enano al que le cuelga un cordón del ombligo sale de la vagina de mi mujer e inmediatamente se pone a llorar. Trato de calmarlo, de convencerlo de que no hay nada de qué preocuparse. Que para cuando haya crecido, todo se habrá arreglado en Oriente Próximo: que llegará la paz, que no habrá más ataques terroristas y que, incluso si hay uno de uvas a peras, siempre habrá cerca alguien original, alguien con un poco de visión, para describirlo perfectamente. Por un instante, se calla y sopesa qué hacer. Se supone que es ingenuo –considerando que es un recién nacido–, pero ni siquiera él se lo traga y, tras un segundo de duda y un pequeño hipo, vuelve a ponerse a llorar.

Bebé grande

Cuando era pequeño, mis padres me llevaron a Europa. Lo más impactante del viaje no fue el Big Ben o la torre Eiffel, sino el vuelo de Israel a Londres. Para ser exactos, la comida. Ahí, en la bandeja, había una diminuta lata de Coca-Cola y, al lado, una caja de cereales no más grande que un paquete de cigarrillos.

Mi sorpresa ante los envases en miniatura no se tornó emoción genuina hasta que los abrí y descubrí que la Coca-Cola sabía como la Coca-Cola de las latas de tamaño normal, y que los cereales también eran de verdad. De hecho, es difícil explicar a qué venía esa emoción. Al fin y al cabo, solo hablamos de una bebida refrescante y cereales de desayuno en envases mucho más pequeños, pero cuando tenía siete años estaba seguro de estar presenciando un milagro.

Y hoy, treinta años después, sentado en mi sala de estar en Tel Aviv y mirando a mi hijo de dos semanas, tengo exactamente la misma sensación: frente a mí hay un hombre que no pesa más de cuatro kilos y medio –pero, en su interior, se enfada, se aburre, se asusta y se calma, como cualquier otro hombre del planeta–. Ponle un traje de tres piezas y un Rolex, colócale un maletín diminuto en la mano y lánzalo al mundo, y negociará, peleará y cerrará acuerdos sin ni siquiera pestañear. No habla, es cierto. También se hace caca como si no hubiera un mañana. Soy el primero en admitir que le quedan un par de cosas por aprender antes de que puedan enviarlo al espacio o le dejen pilotar un F-16. Pero, en principio, es una persona completa contenida en un envase de cincuenta centímetros, y no cualquier persona, sino una

muy extrema, un excéntrico, un personaje. Del tipo que respetas, aunque, quizá, no llegues a comprender del todo. Porque, como todas las personas complejas, independientemente de su altura o de su peso, tiene muchas caras.

Mi hijo, el iluminado. Como alguien que ha leído mucho sobre budismo y ha asistido a dos o tres conferencias de gurús, y hasta una vez tuvo diarrea en la India, tengo que decir que mi hijo es la primera persona iluminada que he conocido en mi vida. Realmente vive en el presente: nunca guarda rencor, ni tiene miedo al futuro. Está libre de ego por completo. Nunca intenta defender su honor ni apuntarse un tanto. Sus abuelos, por cierto, ya le han abierto una cuenta de ahorros y, cada vez que le mecen en su cuna, el abuelito le habla del excelente tipo de interés que le ha conseguido y de cuánto dinero, a una tasa media de inflación prevista de un solo dígito, le van a dar en veintidós años, cuando la cuenta venza. El pequeño no contesta. Pero entonces el abuelito calcula los porcentajes según el tipo de interés preferencial y noto que en la frente de mi hijo aparecen unas pocas arrugas: las primeras grietas en el muro de su nirvana.

Mi hijo, el yonqui. Me gustaría disculparme ante todos los adictos y adictos rehabilitados que están leyendo esto, pero, con todo el respeto a ellos y a su sufrimiento, no hay mono comparable al de mi hijo. Como cualquier verdadero adicto, no tiene las mismas opciones que los demás a la hora de ocupar el tiempo libre –esas alternativas tan comunes como leer un buen libro, dar un paseo nocturno o ver los *playoffs* de la NBA–. Para él solo existen dos posibilidades: un pecho o el infierno. «Pronto descubrirás el mundo: las chicas, el alcohol, las apuestas ilegales por internet», le digo para calmarlo. Pero, hasta que llegue ese momento, ambos sabemos que solo existe el pecho. Por suerte para él, y para nosotros, tiene una madre equipada con dos. En el peor de los casos, si uno falla, siempre hay otro de repuesto.

Mi hijo, el psicópata. A veces, cuando me despierto por la noche y veo su cuerpecito temblando a mi lado en la cama como un juguete al que se le están acabando las pilas, haciendo extraños ruidos guturales, en mi imaginación no puedo evitar compararlo con Chucky en la película de terror *El muñeco diabólico*. Tienen la misma altura y el mismo temperamento, y ninguno de los dos

considera nada sagrado. Eso es lo verdaderamente inquietante de mi hijo de dos semanas: no tiene una pizca de moral, ni un ápice. Racismo, desigualdad, insensibilidad, discriminación... le importa todo un pito. No le interesa nada excepto sus instintos y deseos inmediatos. Por lo que a él respecta, los demás pueden irse al carajo o afiliarse a Greenpeace. Ahora lo único que quiere es un poco de leche rica y que le alivien la irritación del culete, y, si es necesario destruir el mundo para conseguirlo, enséñale dónde está el botón. Lo apretará sin pensárselo dos veces.

Mi hijo, el judío que se odia a sí mismo...

–¿No crees que ya es suficiente? –me dice mi mujer, interrumpiéndome–. En vez de inventar acusaciones histéricas contra tu adorable hijo, tal vez podrías hacer algo útil y cambiarle el pañal.

–Vale –le respondo–. Vale, ya estaba acabando...